

Pombo en sus letras

De noche

La vieillesse est une voyageuse de nuit

Chateaubriand

No ya mi corazón desasosiegan
Las mágicas visiones de otros días.
¡Oh Patria! ¡oh casa! ¡oh sacras musas mías!
¡Silencio! Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
Para mí sus purpúreas ambrosías;
Y del rumor de ajenas alegrías
Sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
Son ceguedad. ¡Feliz el que consulta
Oráculos más altos que su dueño!

Es la vejez viajera de la noche;
Y al paso que la tierra se le oculta,
Ábrese amigo a su mirada el cielo.

Apuntaciones autobiográficas

[...]

Aprovecho esta ocasión para recordar algo de mi carrera poética, ya que ella ha robado tanto tiempo a mis ocupaciones, ya que ha sido la más inocente y dulce distracción que he encontrado en los diecisiete años que cuento de existencia. Ella ha ido perteneciendo, se puede decir, a diferentes escuelas, a diferentes géneros; ha ido variando con las épocas, con los meses y aún con los días, con las poesías que llegaban a mis manos, con cada autor que me deleitase por sus ideas, por su expresión, por sus novedades; antipatizando yo muchas veces a la primera línea que leía con poetas aquí acreditados.

Soy, desde que nací, poco sensible bajo un aspecto, excesivamente sensible e impresionable bajo otro y desde mis primeros años manifesté ansia de leer y escribir, siendo regularmente mis diversiones diferentes de lo que debían ser para mi edad y según lo que veía en los muchachos con quienes me reunía diariamente. Acaso yo

debía llorar por sus malos efectos esta precoz inclinación...

Aprendí a leer en las obras de Iriarte e Isla y desde entonces comenzaron a deleitarme los versos, oyendo con sumo placer repetir esta clase de composiciones. A los ocho años sabía leer y escribir, edad desde la cual intenté hacer versos, empleando algún tiempo todos los días en leer las obras de poesía que encontraba a la mano; en 1843 ya hice composiciones que tuviesen alguna forma (conservo algunas de ese año), y todas ellas, hasta 1845, fueron de un gusto enteramente frío y clásico tomado de Lope de Vega y Jáuregui. Lo que sí arreglé desde que aprendí a leer fue el oído prosódico y tal vez nunca me quedó un verso largo o corto con demasía y sin disculpa. En 1845, aplicado a la lectura de Zorrilla, Hartzenbusch, Maitín y otros, hice ya versos que fuesen tolerables, iba tomando un gusto más sentimental, como lo muestran, entre otros, tres que conservo: “Tempestad” en quintillas de octómetros, y dos romances: “El coronel Montoya” y “D. Pablo Morillo”, que agradaron a quienes los leí.

En 1847, estudiando yo primer año de filosofía en el Colegio del Rosario, se estableció entre los estudiantes una polémica de periódicos: yo y un amigo mío redactamos uno, *El Tomista*, en donde conservo bastantes composiciones mías. Una de ellas, “El tulipán”, fácil en verdad, y otra en



“Pastorcita”, ilustración de Antonio Caballero.

catorzómetros [...], “Tempestad”, fueron destinadas a *La Guirnalda*, publicación de aficionados; en 1848, desistida esta empresa, quedaron ambas composiciones destinadas por el Sr. José Joaquín Ortiz al *Parnaso Granadino*, cuyo segundo tomo no apareció; era una bonita idea, no consistía en novenas, debía pues fracasar aquí.

Un cuaderno que a duras penas conservo contiene toda mi poesía de 1848 y 1849; rara cosa buena hay allí, sobran imitaciones y simplezas, pero todo lleva ya un sello enteramente libre; deleitado con su estilo, tomé por modelo sucesivamente a

José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Lamartine, Byron, Saavedra, Mora, Espronceda, Hartzenbusch y otros poetas de merecido renombre, rechazando siempre a Salvador Bermúdez de Castro (ídolo aquí, pero ya con socavados altares) por su estilo pedante y su lujosa ostentación de palabras, sin novedad ni filosofía en las ideas ni sencillez en la expresión; pero como, según el bachiller Carrasco de Cervantes, “no hay libro tan malo que no tenga algo bueno”, admiro a Bermúdez cuando pinta la beneficencia de Dios, cuando hace una sublime exposición de las palabras del Redentor muriendo, cuando su ojo sigue la carrera del árabe, rey del desierto... en fin, cuando exclama dirigiéndose al impío:

No niegas al Dios que mata,

Y al Dios que fecunda, sí.

[...]

Yo no creo merecer el nombre de *poeta*, y me juzgo así habiendo hecho estudios serios de poesía: tengo algo de buen gusto, facilidad para lo que se llama *el sublime*, para la sencillez en general y para la imitación de la expresión, descuidando pocas veces su concordancia con la idea: he aquí las únicas cualidades que me reconozco, dando al escribirlas un cuchillo para que me corten; por ser muy difícil la versificación

me es dificultosa y aunque sé que su facilidad no es cualidad de *poeta* y fuese ímprobo trabajo, o gracia, al Ariosto avanzar una estrofa en su poema. Yo necesito muchas veces buscar las ideas, otras las dejo vagas, comprensibles sólo para mí o las lleno con ripios y en ocasiones tengo de acudir a expresiones y pensamientos trillados. Si pido a mi cabeza una comparación, vendrá, pero ellas no acostumbran visitarme por su voluntad; siquiera no corro riesgo de apilonar, como Bermúdez de Castro en “Su canto a Laura” [sic], símiles de uno o dos por verso, la mayor parte ridículos, viejos o amanerados.

Nadie podría decir cuál es mi estilo, porque no lo tengo, o de tenerlo, no es el *estilo* que se *estila*; soy en esto como en otras cosas. Tan dócil es mi escribir que a cada cosa que con deleite leo, lo que hago después, será imitando su estilo: he aquí pues una comprobación de que no soy *genio*, de que no soy *poeta*, de que no soy clásico ni romántico, si es que alguno de mis calificadores tiene la bondad de deslindarme esas dos especies, en dos palabras *tornasoladas* y *elásticas*, como dice Ancízar (Manuel) con tanta donosura.

[...]

Harto he contemplado el degradado resto de los chibchas, hosco y desesperado, luchando con la civilización que aplastó sus hogares y adoratorios: horribles gritos le he escuchado dar y lo he encontrado sublime; pero yo, como todos,

no me he atrevido a cultivar esa semilla que pronto se ahogará.

Miserable siempre la raza humana, siendo todo una prueba de ello, jamás he quedado satisfecho de trabajo alguno mío; siempre he dicho: “vendrá otro soplo: su efecto no nos quedará bueno en su especie”. He intentado ¡insaciable atrevimiento! poema épico, carga gigante aun para gigantes hombres; poema amoroso; inmensos romances; leyendas eruditas; laboriosas traducciones, etc. Y hasta ahora nada he concluido importante, y todavía, ciego para tan claro espejo, me atrevo a creer daré a todo cumplido remate sin ver que sobre mi inmensa ambición se desploman los años a toda prisa y acaso sean mis diecisiete más de la mitad de mi vida... Encuentro en la poesía el mayor de mis deleites y no soy poeta y descuidando las reposiciones que en ella, acaso erradamente me reconozco, no les doy vuelo aun viendo los experimentos que me confirman mi aserción, desbaratándome otras creencias y así, débil e inconstante, pero siempre humilde y escandalosamente tolerante en mi osadía, hasta deseara que la crítica se descargase sobre mi cabeza, no diría por eso como el alemancito de Maury:

Que a mejor partido

tuviera ser llorado que reído.

Bogotá, septiembre 2 de 1851.

Tomado de *Apuntaciones autobiográficas, del archivo de Rafael Pombo*, descifrados por la señora Carmenza Quimbaya de Pérez Silva, en Pérez Silva, Vicente, disponible en línea: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/autobiog/auto41.htm>.

El renacuajo paseador

El hijo de Rana, Rinrín
Renacuajo,
salió esta mañana muy tieso y
muy majo
con pantalón corto, corbata a la
moda
sombbrero encintado y chupa de
boda.
“¡Muchacho, no salgas!”, le
grita mamá,
pero él hace un gesto y orondo
se va.

Halló en el camino a un ratón
vecino,
y le dijo: “¡Amigo! venga usted
conmigo,
visitemos juntos a doña Ratona
y habrá francachela y habrá
comilona”.

A poco llegaron, y avanza
Ratón,
estírrese el cuello, coge el
aldabón,
da dos o tres golpes, preguntan:
“¿Quién es?”

—“Yo doña Ratona, beso a usted los pies”.

“¿Está usted en casa?” —Sí señor, sí estoy,
y celebro mucho ver a ustedes hoy;
estaba en mi oficio, hilando algodón,
pero eso no importa; bienvenidos son”.

Se hicieron la venia, se dieron la mano,
y dice Ratico, que es más veterano:
“Mi amigo el de verde rabia de calor,
démele cerveza, hágame el favor”.

Y en tanto que el pillo consume la jarra
mandó la señora traer la guitarra
y a Renacuajito le pide que cante
versitos alegres, tonada elegante.

—“¡Ay! de mil amores lo hiciera, señora,
pero es imposible darle gusto ahora,
que tengo el gznate más seco que estopa
y me aprieta mucho esta nueva ropa”.

—“Lo siento infinito, responde tía Rata,
aflójese un poco chaleco y corbata,
y yo mientras tanto les voy a cantar
una cancioncita muy particular”.

Mas estando en esta brillante función
de baile y cerveza, guitarra y canción,
la Gata y sus Gatos salvan el umbral,
y vuélvese aquello el juicio final.



Doña Gata vieja trinchó por la oreja
al niño Ratico maullándole: “¡Hola!”.

Y los niños Gatos a la vieja Rata
uno por la pata y otro por la cola.

Don Renacuajito mirando este asalto
tomó su sombrero, dio un tremendo salto
y abriendo la puerta con mano y narices,
Se fue dando a todos “noches muy felices”.

Y siguió saltando tan alto y aprisa,
que perdió el sombrero, rasgó la camisa,
se coló en la boca de un pato tragón
y éste se lo embucha de un solo estirón.

Y así concluyeron, uno, dos y tres,
Ratón y Ratona, y el Rana después;
Los Gatos comieron y el Pato cenó,
¡y mamá Ranita solita quedó!